

Pilar Zapata

A SUS PIES... SIEMPRE

*(Por la izquierda sale EVA, de unos cuarenta años, bien vestida. Tiene una bolsa en la mano, y anda trabajosamente de puntillas, como si llevara unos tacones altísimos, que son figurados a lo largo de todo el drama. Mira alrededor para asegurarse de que está sola, se quita los tacones, y se pone unos mocasines- reales- que saca de la bolsa.)*

EVA- ¡Uf, qué alivio! ¡Vaya un suplicio! ¡Menos mal que la de hoy era la última reunión! *(Se agacha, y junta en el suelo los tacones.)* Y vosotros os quedáis aquí, que ya no os necesito. ¡Hala, adiós! No seréis los primeros ni los últimos que abandone en una ciudad desconocida. *(Sonríe.)* ¡Anda, que si los de “Morcillas Ligth”, con los que acabo de firmar el acuerdo, supieran esta manía mía de ir sembrando las calles de zapatos...! Pero como ahora los venden de plástico y son tan baratos, valen para lo que valen: para dar el pego unos días. Luego empiezan a romperse o a romperte a ti los pies, y ¿qué vas a hacer con ellos? A mí me da vergüenza tirarlos en la papelera del hotel, y tampoco es cosa de llevármelos en la maleta para echarlos en la basura de casa... Así que los voy soltando por las ciudades a las que me manda la empresa, como si fueran un souvenir. *(Avanza unos pasos a la derecha.)* A ver si pillo el próximo autobús, porque me deja en la misma puerta del hotel, y yo no me gasto el dinero de las dietas en un taxi... *(Se detiene. Eleva el tono.)* Aquí para el siete, ¿verdad? Gracias. *(Se queda a la espera. Detrás de ella se oyen unos tacones que se acercan. Baja la voz.)* ¡Ojalá no

tarde, que estoy agotada...! *(Los tacones se paran tras ella, y dan golpecitos cada vez más rápidos contra el suelo. Sin volverse, en un susurro.)* ¡Vaya unas prisas que tiene ésa de atrás! ¡Si ya viene por ahí el autobús! ¡Qué impaciente! *(Se vuelve con disimulo y no ve a nadie. Cesa el taconeo. Baja la vista al suelo y da un respingo.)* ¡Los zapatos! *(Espantada.)* ¡Detrás de mí están los zapatos que acabo de dejar! ¡Cómo es posible? *(En voz más alta.)* No me quiero colar, señora. Es que mire... *(Señala al suelo tras de sí.)* Sí, unos zapatos, eso ya lo sé, pero... *(Pausa.)* ¿Para qué voy a querer entretenerla a usted? ¿Para montar yo antes? Ande, mujer, pase usted primero... *(Aguarda un instante y luego hace el gesto del que sube a un autobús.)* Buenas tardes. ¿Cuánto es? *(Abre el bolso, y finge que entrega una moneda. Cierra el bolso, y avanza con dificultad, agarrándose a una barra imaginaria. En voz más baja.)* Esto ha debido de ser alguien que me ha visto dejar los tacones en la calle, y ha querido gastarme una broma... *(Dudosa.)* Pero daban golpecitos ellos solos... ¿O me lo he imaginado? Puede que sí, porque este viaje está resultando muy estresante. Aunque yo nunca he tenido alucinaciones. Sólo veo lo que existe, y lo que no, para bien o para mal, no lo veo... *(Se aparta, molesta, y eleva el tono.)* ¡No empuje, por favor! ¿Qué dice? ¿Qué zapato? *(Mira al suelo, demudada.)* Mío no es... *(En voz más baja, asombrada.)* ¡Pero sí es el mío...! Y hay sólo uno... ¡Y está aquí de verdad...! ¡Qué horror! *(Aparata a la genta con los brazos. Asustada.)* A ver, por favor, déjenme pasar. ¡Déjenme! *(Avanza un metro trabajosamente y se detiene. Se pone la mano en el pecho y respira fuerte.)* Lo he visto, y no sólo yo, sino también los de alrededor... Lo que no me explico es cómo ha llegado al autobús. Tiene que haberlo subido alguien, porque él solo no puede haber saltado entre las piernas de la gente... *(Lanza hacia atrás una ojeada temerosa.)* No me atrevo a mirar, pero no había más que uno... ¿Dónde estará su compañero? A lo mejor se ha quedado en la calle porque no le ha dado tiempo a montar... *(Se pone seria.)* ¡No

tiene gracia! Esto es absurdo. La única explicación es que alguien me está tomando el pelo. A ver si ahora, al bajarme, consigo despistarle, o se aburre y me deja en paz de una vez... (*Toca el aire a la altura de un hombro. En voz alta.*) ¿Va a salir usted? (*Se echa ligeramente hacia delante por culpa del frenazo del autobús, y se apea. Se alisa la ropa. A sí misma.*) ¡Vamos, hija, no mires atrás! ¡Menos mal que el hotel está aquí al lado...! (*Avanza unos pasos hacia la derecha del escenario, y se detiene. Alzando el tono.*) Buenas tardes. La trescientas once, por favor... (*Coge algo y avanza en la misma dirección hasta el final. Para sí.*) ¡Qué suerte! ¡Acaba de bajar el ascensor! (*Abre una puerta imaginaria y desaparece entre bastidores. Al poco se oye su voz.*) Trescientas once... ¡Ésta es! (*Sobresaltada:*) ¡Ay, no! (*Aparece en el escenario por la la derecha, y cierra tras de sí, de un portazo, una puerta imaginaria.*) ¡Me ha parecido verlo al entrar, al otro lado del pasillo! ¡Pero no puede ser, no puede ser! (*Se lleva la mano al pecho. A sí misma.*) ¡Tranquilízate, hija! (*Respira hondo.*) Lo que pasa es que me quieren dar un susto, pero ¿quién? No conozco a nadie en esta ciudad, más que a los que han asistido a las reuniones... (*Pensativa.*) ¿Serán los de “Morcillas Ligth”, que se han arrepentido de haber firmado el contrato? Desde luego les he apretado bien las tuercas pero ahora ya no van a conseguir nada. ¡Y menos con estas artimañas tan infantiles...! (*Suspira.*) ¡En fin! Voy a ver si consigo redactar el informe antes de bajar a cenar, y acabo de una vez... Es lo único que debo pensar: que mañana a estas horas ya estaré en casa. En casa y con Federico... (*Se descalza, se quita el vestido y queda en combinación, mientras sigue hablando.*) Todavía se me hace raro encontrarle al volver, y eso que va a hacer ya dos meses que vivimos juntos... ¡Dos meses que se me han pasado en un suspiro...! (*Alerta.*) ¿Qué ha sido eso? (*Va a la puerta y escucha.*) No se oye nada... Sin embargo lo de antes ha ocurrido, ¿verdad? He visto los dos zapatos detrás de mí, y luego uno solo, que debe de seguir ahí fuera. Y quien lo haya dejado no andará muy lejos... ¿Y si

llamo a Recepción...? (*Niega con la cabeza.*) No: resultaría ridículo. Esto no puedo contárselo a nadie, ni siquiera a Federico, porque hace muy poco que nos conocemos, y no quiero que me tome por loca. Y no estoy loca, sólo muy cansada. Apenas he dormido desde que llegué aquí... Eso debe de ser: llevo tres días encerrada en un despacho, y tengo la cabeza como un bombo. Por eso me he imaginado que me persigue un zapato, pero no es cierto. (*Va hacia la puerta.*) No debe de ser cierto... (*Abre una rendijita con prevención, y la cierra de nuevo, corriendo. Casi sin voz.*) ¡Están los dos! ¡Están los dos ahí en la alfombra! Uno de ellos manchado de barro, y... (*Nerviosa.*) Como cansado, con ese aire de dolor de huesos que se les pone a los tacones después de una caminata. Ése debe de ser el que ha perdido el autobús, que habrá venido andando... (*Se echa a reír, histérica.*) Se conoce que no se resignan a que les haya abandonado... ¡Ni que fueran perros en vez de zapatos...! ¡Anda, que como les diera por perseguirme a todos los que he ido dejando por ahí...! ¡Ay, qué tonterías se me ocurren! (*Se pone seria.*) ¡No tiene gracia! A ver qué hago ahora: no me atrevo a salir, ni tampoco a pedir ayuda, y ni siquiera puedo contárselo a Federico, porque... (*Suena un teléfono. Se lanza a cogerlo.*) ¿Diga? ¡Federico! ¡Qué a tiempo, amor mío! Me ha pasado una cosa que... Pero ¡déjame hablar a mí, hombre, que para eso te he llamado!... Ah, ¿me has llamado tú? Bueno, dime... ¿Muchos pares de... zapatos de mujer? ¿Amontonados en el descansillo...? ¿Que no has podido entrar, y me llamas desde el portal? ¿Y ellos?... ¿Se han quedado arriba? No estoy chiflada, Fede: sé muy bien lo que pregunto. Dime: ¿no han bajado detrás de ti? Pues entonces es que me están esperando a mí... (*Fuera de sí.*) ¡Me están esperando!

TELÓN